

TÍTULO

¿Es el Yo una instancia olvidada?

Recorridos para pensar su nacimiento en clínica psicoanalítica con niños

TITLE

Is the Self a forgotten instance?

Tours to think about your birth in a psychoanalytic clinic with children

AUTOR

Claudia Peca

RESUMEN

Este trabajo se desprende de una interrogación acerca del nacimiento del yo, de los recorridos psíquicos que posibilitan que un niño pueda decir la palabra *yo* para referirse a sí mismo. Toma como antecedente, al interior del psicoanálisis, la paradójal situación que siendo el yo tan central en la teoría psicoanalítica, también haya sufrido cierta desestimación y se lo haya señalado como una instancia *olvidada*. Reactualiza esa idea para interrogarla en relación al tratamiento que se le suele dar al padecimiento de los niños en el contexto socio-histórico-cultural actual, donde ¿el yo puede quedar también olvidado? Al interrogar el nacimiento del yo, interesarse por los trabajos psíquicos que lo presiden y posibilitan se destaca un recorrido que no lo reduce a lo biológico ni a lo ambiental, que nada tiene de natural o aprendido sino, en todo caso de posibilitado. Como metáfora introduce el juego de la Rayuela que apuesta a articular lo lúdico en la infancia, el nacimiento del yo y el trabajo de escritura.

PALABRAS CLAVE

yo - sujeto - identificaciones - espejo - juego

SUMMARY

This work arises from a question about the birth of the self, the psychic journeys that make it possible for a child to say the word *I* to refer to himself. It takes as a background, within psychoanalysis, the paradoxical situation that the self, being so central in psychoanalytic theory, has also suffered a certain dismissal and has been pointed out as a *forgotten* instance. It updates this idea to question it in relation to the treatment that is usually given to children's suffering in the current socio-historical-cultural context, ¿the self can also be forgotten? That is why when interrogating the birth of the self, taking an interest in the psychic works that preside over and enable it, a journey is highlighted that does not reduce it to the biological or the environmental, which has nothing natural or learned but, in any case, enabled. As a metaphor and common thread, he introduces the game of Hopscotch, which seeks to articulate the playfulness of childhood, the birth of the self, and the work of writing.

KEYWORDS

self - subject - identifications - mirror - game

INTRODUCCIÓN

Una persona es aquel ser a quien
reconocemos como a nosotros mismos
el derecho de decir yo.

LACAN, 2007, P. 374

¿Cuál es el tiempo, el espacio, en el desarrollo de un niño para que este pueda hacer uso de la palabra *yo*? Aunque no es el problema específico a desarrollar, constituye un interrogante valioso como disparador de cierta cuestión: ¿cómo es que algunos niños no cuentan con la posibilidad de usar el término *yo* para referirse a sí mismos?

La idea del *yo* se construye históricamente mediante el aporte de distintos saberes. Su estudio abarca múltiples disciplinas como la lingüística, la antropología, la filosofía, la psicología, el psicoanálisis.

El Psicoanálisis, sin dejar de considerar el aporte de todos estos saberes, se diferencia respecto de la idea del *yo*. Sobre todo de la de un *yo* como uno y permanente. Por el contrario, lo sitúa en su complejidad abriendo una perspectiva absolutamente novedosa aunque no sin vaivenes en el decurso de su concepción. Esta perspectiva introduce la centralidad del *conflicto* psíquico. Resulta importante destacar que James Strachey (1992)¹ nos advierte que si bien el vocablo era bien conocido antes de Freud, el sentido preciso que él le adjudicó en sus primeros escritos no carece de ambigüedad. Parece posible discernir dos usos principales:

En uno de estos sentidos, el vocablo designa el “sí mismo” de una persona como totalidad (incluyendo, quizás, su cuerpo) para diferenciarla de otras personas. El otro uso denota una parte determinada de la vida psíquica que se caracteriza por atributos y funciones especiales (Freud, -1992, p.8).

1 A cargo de comentarios en notas introductorias de los textos de Freud en la Standard Edition.

Si bien Freud se refiere al segundo sentido a lo largo de su obra, en algunos trabajos el *yo* parece corresponder al “sí mismo”, *das selbst*. Por lo tanto, no es fácil trazar una línea demarcatoria entre ambos sentidos del vocablo. Interesan los dos sentidos ya que, como bien ha sido señalado por Laplanche y Pontalis (1981), es la articulación de las dos acepciones, la del *yo* en tanto *persona* y el *yo* como *instancia* lo que forma justamente el núcleo de la problemática del *yo*.

LA PARADOJA DEL YO COMO CENTRO Y COMO INSTANCIA OLVIDADA

Si bien el *yo* ha sido centro de la teorización analítica, pivote en el descubrimiento freudiano, también ha sufrido una serie de avatares en su consideración. Paradójicamente, siendo muy rica y compleja la concepción del *yo*, ha sido objeto de lecturas que provocaron –en determinada línea de pensamiento– cierta *desestimación* del mismo contribuyendo a que quedase instalado como una *instancia olvidada*. Hornstein (2000), en uno de sus libros llamado *Narcisimo*, dedica el capítulo 11 al tema y lo titula de ese modo. Su planteo enfatiza que ciertas *lecturas* de Lacan hicieron suponer que la práctica analítica fundada en su obra desconocería la importancia del *yo* (*moi*). Lecturas de Lacan que se han sostenido y son consecuencia de un contexto político-histórico-cultural. Una cita describe claramente esa coyuntura teórica. Al respecto Green (1993) señala:

Desde finales de la década de 1950, en Francia, todo lo que fue reflexión sobre el *yo* quedó expuesto a ataques destinados a denigrar el discurso sobre este tópico, rápidamente considerado como mistificador y portador de una ideología normativa sospechosa de colusión política con el poder instalado. Se quiso acreditar la idea de un psicoanálisis reconciliado con una psicología o psicología al servicio de una moral represiva, “perra guardiana” de un conformismo que colaboraría en el mantenimiento de la paz social necesaria para el desarrollo de las infamias del capitalismo (citado en Hornstein, 2000, p.151).

Por lo tanto, el autor sugiere retomar el camino abandonado que conduce al *yo*, a sus relaciones con el sujeto y a su constitución hetero-

génea. Por su parte, Rodolfo (1998), psicoanalista argentino, también alude a lo que se está situando como avatares en la consideración del *yo*. Denuncia, de algún modo, cierta subestimación del mismo en la clínica, en tanto el *yo* ha sido concebido en su no coincidencia con el Sujeto, como lugar de las identificaciones imaginarias. Lo plantea en los siguientes términos:

Cierta subestimación de lo imaginario, cierta tendencia a reducirlo a un “efecto” que se deriva de las direcciones más estructuralistas en los textos de Lacan. Negada o relativizada de derecho, esta subestimación ha funcionado de hecho y fue captada por “la calle” psicoanalítica, donde calificar algo con un *¡eso es imaginario!* devino una acusación tan grave como la de “psicópata” en la boca de un kleiniano (Rodolfo, 1998 p. 33).

Estas situaciones se ubican como parte de una paradoja y se estiman aspectos relevantes a considerar en tanto permitan rescatar e imprimir de importancia la consideración del *yo* en la práctica analítica.

Se torna preciso también destacar, en relación a esta perspectiva teórica lacaniana y su consideración del *yo*, que esta *subestimación de lo imaginario*, supuestamente derivada de los textos de Lacan, se fundaría en el desconocimiento, tal vez la no consideración de los aportes posteriores de la obra de Lacan. Pulice (2010) sitúa este aspecto del siguiente modo:

En los últimos años Lacan produce un fuerte avance en sus conceptualizaciones –a partir de su giro borromeo– pero sin embargo aún no puede decirse que se hayan terminado de extraer todas las consecuencias clínicas de esas formulaciones de Lacan, de las que pocos parecen haberse podido consustanciar lo suficiente como para aplicarlas a su propio trabajo clínico (p. 3).

De allí que estas posteriores formulaciones de Lacan re-definen o re-orientan la posibilidad de pensar al *yo* desde el anudamiento borromeo de los tres registros fundamentales: Real, Simbólico e Imaginario. Esto introduce perspectivas novedosas –y estimula el interés– para considerar el tema del *yo* más allá de la primacía e importancia del registro imaginario y del simbólico, ya que el *yo* incluirá en su centro un trozo de Real –el objeto a–. Lo retoma Ravinovich (2010), quien sí parece haberse po-

dido consustanciar con estos nuevos aportes, tal como se advierte en su escrito “La teoría del yo en la obra de Jacques Lacan”. Sus desarrollos se sostienen a partir de la cita de Lacan en “Discurso a Escuela Freudiana de París” en 1967. Allí Lacan retoma su *i (a)*, sigla que clásicamente en su álgebra designa el yo su narcisismo y dice:

Así funciona el *i (a)* con el que se imaginan el yo y su narcisismo al hacer de hábito a ese objeto que hace la miseria del sujeto. Esto porque el *(a)*, causa del deseo, por estar a la merced del Otro, angustia pues en ocasiones, se disfraza contrafóticamente con la autonomía del yo, como lo hace el cangrejo con cualquier caparazón (citado en Rabinovich, 2010, p. 73).

Resalta la autora que esta cita condensa un punto esencial del viraje que sufre la teoría del yo en Lacan, ya que si bien en su obra se conoce la relación del yo con lo imaginario y con lo simbólico, la articulación del yo con lo real ha sido mucho menos enfatizada. Y será en esta articulación que basará el desarrollo de su seminario, que luego será editado y publicado. Es importante la consideración de esta perspectiva, ya que como se señaló anteriormente, la opción teórica concerniente al yo, tendrá consecuencias en el proceso analítico y sus metas, es decir, en la clínica. Estas puntualizaciones permiten poner al descubierto la paradójica situación del yo en el campo del psicoanálisis.

Por otro lado, es pertinente considerar la siguiente situación en relación a la clínica actual. En el ámbito profesional no deja de ser sorpresivo, conmovedor y preocupante la insistente situación que se repite una y otra vez en el trabajo en relación a admisiones para obras sociales: se reciben muchos pedidos para derivar niños a un *psicopedagogo y/o psicólogo cognitivo conductual*, y estos pedidos se sostienen en diagnósticos ya realizados: ADHD (Trastorno por déficit de atención con hiperactividad), Trastorno específico del aprendizaje, TOD (Trastorno oposicionista desafiante), TGD (Trastorno generalizado del desarrollo), TEA (Trastorno de espectro autista), DEA (Dificultades específicas del Aprendizaje). Estos diagnósticos se desprenden claramente de los criterios del manual de la American Psychiatric Association, Manual diagnóstico y estadístico de los desórdenes mentales (DSM).

Estos diagnósticos generalmente llegan sugeridos por el pediatra o

por alguna escuela a partir de la sumatoria de lo que se desprende de la observación de la conducta del niño: *se porta mal, no hace caso, no responde a las consignas, no se queda quieto, pega, siempre está como en la luna, colgado, no aprende*. Cuando estos niños son recibidos en el consultorio para realizar la derivación solicitada, algo se presenta a la observación: muchos de ellos ingresan habitualmente al consultorio con sorprendente familiaridad, como si conocieran a quien los recibe desde antes, sin mediar, aquello que se conoce en la teorización psicoanalítica como *categoría del extraño*.

Respecto de esta categoría, es pertinente realizar aquí un paréntesis para señalar que Rodulfo (1986) sitúa dos cuestiones interesantes. La primera es que el *otro* en tanto extraño, si bien fue incorporado al psicoanálisis por Spitz (1974) como *angustia del octavo mes*, será más tarde, con Samí Alí (1979-1982), que recibirá una teorización más fina, ya que se tratará de una gran Conquista Simbólica: la *categoría del extraño*. Y en segundo lugar, afirma, a partir de su casuística clínica, que hay pacientes y familias donde hace falta construir esta categoría. Resaltamos en este contexto la propuesta de *construir* porque si hay que construirla, significa que no está.

Luego de este paréntesis, la observación a la que se está haciendo referencia continúa, en tanto que estos niños que ingresan al consultorio con sorprendente familiaridad, sin mediar la *categoría del extraño*, muchas veces tampoco detienen su mirada en nada en particular, sobre todo cuando se les habla, o pasan por delante del espejo sin ninguna noticia ni registro sobre ello; suelen llevarse los muebles por delante evidenciando cierta torpeza, en fin toda una serie de fenómenos que evocan y a los que se pueden sumar la descripción de Rodulfo (1986) de lo que llama *Trastornos Narcisistas No Psicóticos*². Refiere a un número abundante de fenómenos que van de lo leve, sutil, a los más graves, como por ejemplo: los trastornos de tipo espacial, de las distancias del propio cuerpo

2 Bruner (2008) en *Duelos en Juego* incluye estos fenómenos descrito por Rodulfo, dentro de la categoría: “Los niños de difícil diagnóstico y el desarrollo (tercer eje)” al referirse a la historia de la clínica del niño con problemas en el desarrollo. Ellos se sitúan en relación a los llamados Trastornos límite o problemáticas narcisistas.

y referidos al otro; trastornos de la coordinación fina, categorías tales como arriba-abajo, lejos-cerca, derecha izquierda, hasta trastornos en la abstracción, en la lecto-escritura, a nivel del cálculo, etc. La descripción que realiza esta psicoanalista de niños, refleja y/o podría sumarse como parte de la situación clínica que se intenta recortar aquí.

A estas expresiones que se presentan en la observación en el encuentro con los niños, hay que añadirle cierta dificultad para poder jugar. En estas presentaciones se advierte como rasgo común que muchos de ellos no se nombran a sí mismos con la palabra *yo*, o con términos que refieran posesión o propiedad, por ejemplo *mío*. Esto genera curiosidad y preguntas: ¿Qué relación hay entre la manifestación de estas conductas y el uso o no de los términos y/o de la palabra *yo* por parte del niño? ¿Puede ser el *yo* la sede de esta problemática? ¿En qué sentido?

Se sintetiza lo que queda delimitado como problema, es decir, aquello que surge a partir del encuentro con determinadas expresiones clínicas en entrevistas con padres y niños, del siguiente modo:

- Frecuentes pedidos de derivación a niños por supuestas dificultades conductuales o pedagógicas. Demandas de derivación que llegan con diagnóstico ya realizado y con la indicación específica del tipo de terapia que ese niño necesita, pedagógica o psicológica cognitivo-conductual.
- Observación directa de determinadas características en el comportamiento de esos niños, en ocasión de las entrevistas y relevancia de la particularidad que ya han sido señaladas y descritas anteriormente: ingresan al consultorio con sorprendente familiaridad, sin mediar la *categoría del extraño*, muchas veces tampoco detienen su mirada en nada en particular, sobre todo cuando se les habla, o pasan por delante del espejo sin ninguna noticia ni registro sobre ello; suelen llevarse los muebles por delante evidenciando cierta torpeza; suelen no jugar.
- Advertencia o descubrimiento de un rasgo común: muchos de estos niños no se nombran a sí mismo con la palabra *yo* o con términos que refieran posesión o propiedad personal.

Preguntas clínicas: ¿A qué pueden responder estas conductas y características del niño? ¿Cuál es su correlato en la estructuración psíquica

temprana? ¿Qué operación u operaciones constitutivas de su estructuración están aconteciendo fallidamente, o no están directamente aconteciendo? ¿Qué relación hay entre la manifestación de estas conductas y el uso o no de los términos y/o de la palabra *yo* por parte del niño?

Estas expresiones clínicas podrían estar vinculadas a la constitución del *yo*, de allí el interés de este problema que se formula en estos términos: ¿Cuáles son las operaciones o recorridos psíquicos fundamentales que hacen posible el nacimiento del *yo*?

Se generan de aquí otros interrogantes que si bien son de gran interés, no formarán parte del núcleo a indagar en esta ocasión: ¿Qué tipo de interferencias pueden acontecer en el proceso de construcción del *yo*? A partir de ellas, ¿qué posibilidades de operar sustitutivamente habría desde la clínica para propiciar, apuntalar, acompañar o restituir el proceso? ¿De qué modo? Como estos aspectos abren varias líneas de investigación no formarán el núcleo en esta propuesta.

La pregunta eje es la pregunta por las operaciones, trabajos o recorridos psíquicos que hacen posible la constitución del *yo*. De ella se recortan preguntas más específicas que de alguna manera la desglosan:

- ¿Qué condiciones o factores son necesarios para que el *yo* se constituya?
- ¿Qué relación hay entre el proceso de identificaciones primordiales en la infancia y la formación del *yo*? ¿Cuál es el espacio donde las identificaciones se materializan?
- Entre los factores que intervienen para que el *yo* pueda advenir, ¿tiene el juego como actividad fundamental en la infancia algún papel? ¿Puede incluirse como parte de una operatoria?
- ¿Qué relación podría establecerse entre el juego, la identificación y el armado del *yo*?

Es importante destacar que la situación que se intenta presentar, que genera preocupación y de la que se desprenden tantos interrogantes, se enmarca dentro de uno de los aspectos del contexto socio-cultural actual, circunscripto, a los fines de esta investigación, a este país, Argentina, y dentro de él, a la región que conocemos, la pampeana y desde los últimos años del siglo XX y las primeras décadas del siglo XXI; aunque

no se soslaya lo que sucede en otras regiones y países. El período de tiempo es coincidente con el inicio y las sucesivas ediciones del DSM y con el gran desarrollo de la industria farmacológica.

Dicho contexto puede caracterizarse –en lo que respecta a la infancia, aunque no sólo– por lo que se denomina *fenómenos de patologización y medicalización de las infancias*. Fenómeno sobre el que abunda mucha y rica bibliografía como así también organismos que intentan acciones de lucha, como las del equipo interdisciplinario Forum infancias. Estas perspectivas denuncian que en la actualidad existe –tal como lo sitúa Janin (2005), y que tomamos a modo de síntesis y como central– “una pasión por diagnosticar, que lleva al trípode: diagnóstico, fármacos y terapia cognitivo-conductual” (Janin, 2005 p. 19).

Por su parte, otra psicoanalista de niños, Bruner (2016), señala que la bibliografía actual suele darle diferentes nombres como TGD, TEA, autismo u otros a ciertas características que se presentan en los niños que tienen ciertas dificultades en el trabajo de construcción psíquica y en su desarrollo.³ Características como por ejemplo la ausencia de relaciones con el semejante o fallas en las relaciones afectivas o emocionales con las personas; incapacidad o dificultad para tolerar las diferencias en las áreas de la vida; dificultades en la comunicación y el lenguaje; o dificultades en el área de la atención y el aprendizaje. Considera que:

Las hipótesis etiológicas que mayormente dominan en la actualidad, se refieren a factores neurobiológicos y/o genéticos, según los cuales las causas se atribuyen a variaciones atípicas y/o disfunciones cerebrales. Pero como las mismas no se encuentran presentes en la totalidad de los casos, no constituyen prueba etiológica suficiente (p. 15).

Sin embargo, Janin (2005) destaca que en los últimos años se ha generalizado el uso de estas categorías diagnósticas en los consultorios psicológicos, pediátricos y en el ámbito escolar. Señala que esta generalización en el uso de estas categorías, deja de lado la singularidad y marca un franco rechazo de la subjetividad, desestimando la concepción de niño que se ha sostenido y se sostiene incansablemente desde el psicoanálisis,

3 Bruner (2012) redefine la idea de desarrollo desde la clínica psicoanalítica.

que un niño es un sujeto en constitución, y que dicha estructuración es un proceso complejo en el que intervienen múltiples factores.

Por lo tanto, esta pasión actual por diagnosticar rápidamente y en base a criterios solamente observables y con hipótesis etiológicas referentes, de manera exclusiva a la neurobiología y/o genética, suele hacerse sin considerar los múltiples determinantes y la complejidad del psiquismo de un niño y permite entonces advertir y sospechar que, difícilmente se pueda resolver pedagógica o conductualmente (referido a los pedidos de derivación mencionados anteriormente) una problemática que puede ser de otro orden. Problemática que podría responder, entre otros muchos factores, a interferencias en las operaciones de constitución psíquica temprana en las que es posible suponer, entre otras, cierta dificultad en el agregado de aquella *nueva acción psíquica* que nos planteara Freud para que el yo se desarrolle.

Se advierte, dentro de este contexto, que el yo como instancia psíquica suele pasar desapercibido y quedar eclipsado, en tanto se cosifica al niño en la estandarización de los diagnósticos. Motivo que hace resonar e invita a actualizar dentro de este contexto y como una nueva versión, aquella idea del yo como *instancia olvidada*.

Como consecuencia de estas razones planteadas, no sólo en referencia a la cotidianidad del trabajo clínico profesional con niños en este contexto socio histórico cultural actual sino también subrayando lo acontecido en la historia del psicoanálisis –sobre todo dentro del psicoanálisis francés– con el yo, se torna importante una reconsideración, o mejor dicho, una recuperación y profundización de esta instancia psíquica, el yo, para que lejos de quedar olvidada y/o subestimada, se convierta en el centro de atención, de reflexión teórica y clínica, en la que se puedan relevar y estudiar las operaciones, recorridos y procesos primordiales que colaboran con el armado y su constitución, es decir, con su nacimiento.

POR QUÉ EL TÉRMINO NACIMIENTO DEL YO

Hay una hipótesis que se le torna necesaria a Freud (1992). Refiere a que el yo no está presente desde el comienzo, que es necesario un *nuevo acto psíquico* para su desarrollo: “es un supuesto necesario que no está

presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo. El yo tiene que ser desarrollado. (...) Algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica” (p.74). Puede adelantarse en relación a esta hipótesis, la pregunta que promueve y que se deja en suspenso: ¿se tratará sólo de una acción?

En segundo lugar, se toma el término en el sentido que lo propone Yankelevich (2003), quien respecto del nacimiento de la estructura en un sujeto hace un planteo luminoso en tanto sostiene que:

La palabra nacimiento –un poco provocativa– viene en lugar de la griega, *arke*, que significa el principio, no sólo como comienzo, sino como lo que preside a lo largo del tiempo el modo fundamental de aquello a lo que ha dado lugar (citado en Amigo, 2003, p. 19).

Se resalta de este pensamiento la idea de *lo que preside a lo largo del tiempo* ya que se refiere a un tiempo fundador, al comienzo, en tanto lo que preside. En este sentido resulta interesante aquí, a los fines de este trabajo, trasladar esta idea –que hace referencia a la estructura– pero para pensarla particularmente en relación al nacimiento del yo. Considerar lo que tiene que ver con el comienzo en tanto lo que preside, para relevar, justamente, las condiciones necesarias, los espacios y tiempos, los trabajos y recorridos psíquicos tempranos e imprescindibles para que el yo se funde, para que se constituya, advenga.

En tercer lugar, porque si de nacimiento del yo se trata, puede suceder que no suceda, que no nazca, que sea no-nato, que el yo no se funde, es decir no se constituya. La clínica permite relevar que hay niños que no tienen la posibilidad de nombrarse a sí mismos, que no usan el pronombre personal yo.⁴ Muchas veces esta situación pasa inadvertida por quienes solicitan un tratamiento o consulta por el niño a raíz de otros motivos y no porque se haya considerado la ausencia del pronombre o

4 Dentro de la gramática española, la palabra yo es un pronombre personal en primera persona con lo cual se autorefiere como forma de nominativo un sujeto sea de género femenino o masculino (RAE). En español la palabra yo también incluye la función deíctica por la cual el sujeto queda autoindicado. Para el lingüista francés Emile Benveniste el yo (*moi*) puede ser entendido también a nivel del discurso. El yo es el pronombre básico que indica persona (yo/tu) y sólo puede ser definido y existente en una instancia discursiva y en relación con otro.

resulte relevante. Sin embargo, cuando se advierte esta particularidad en un niño, inmediatamente la misma puede convertirse en un pequeño *indicador –mínima huella–*, despertar la atención del analista y generar preguntas: ¿puede este *indicio*⁵ señalar y dar cuenta de una problemática más amplia? ¿Esa problemática puede estar en relación a la estructuración subjetiva, al armado psíquico temprano? Como bien señala Pulice (2000), algo se convierte en un *indicio* en la medida que lo que llama la atención marca la posibilidad de conectarse con alguna otra experiencia. Y este asunto se torna así punto nodal que interpela a la clínica psicoanalítica con niños. De modo que nuestra procedencia disciplinar y el ejercicio mismo de la profesión sitúan este tópico como una situación que interroga el trabajo del analista en el quehacer con un niño.

ALGUNOS RECORRIDOS PSÍQUICOS

Un “hábitat” para el yo. Condiciones Necesarias

Aulagnier (2007) trabaja las *condiciones necesarias* para que el yo pueda advenir. En su libro *La violencia de la interpretación* titula el cap 4: “El espacio al que el yo puede advenir”. Enuncia las condiciones necesarias para que el espacio hablante en el que nace el sujeto ofrezca al Yo un *hábitat* acorde a sus exigencias. Describe así una serie de factores:

- El portavoz y su acción represora, efecto y meta de la anticipación característica del discurso materno.
- La ambigüedad de la relación de la madre con el *saber-poder-pensar* del niño.
- El redoblamiento de la violencia, la serie de enunciados *performativos* que designarán a las vivencias y que, por ese sólo hecho, transformarán el afecto en sentimiento.
- Aquello que desde el discurso de la pareja retorna sobre la escena psíquica del niño para constituir los primeros rudimentos del yo;

estos objetos exteriores catectizados por la libido son los que a posteriori dan nacimiento al yo, al designarlo como el que los codicia, los posee, los rechaza o los desea.

- El deseo del padre del niño, por ese niño.

Básicamente sostiene que un *hábitat* para el yo es aquél que puede contar con *enunciados identificatorios* en tanto se lo define como una instancia fundada sobre el lenguaje, constituida por el discurso. Dichos enunciados deben ser brindados por la madre en su función, lo que implica la consideración de la serie de sus propios trabajos psíquicos e inconscientes, comandados por la represión. Le corresponderá al *infans* poder apropiarse de dichos enunciados. Asimismo resalta el vínculo con la realidad, el registro sociocultural y lo que se pone en juego allí, en relación al narcisismo.

El acceso al estadio del espejo. Función de dos espejos

El conocido concepto de *estadio del espejo* es una herramienta fundamental en relación a la constitución del yo, en tanto Lacan (2008) refiere que *la asunción jubilosa de la imagen especular manifiesta una situación ejemplar la matriz simbólica en la que el yo se precipita*. Sin embargo cabe interrogar ¿qué recorridos son necesarios para que un niño, entre los 6 y 18 meses, frente a un espejo, tenga la experiencia jubilosa de asumir su imagen especular? ¿Qué es necesario para que esa imagen, con la que se encuentra al mirarse, sea totalizante y le permita captar como unidad aquello que por su prematuración es vivido por él en forma atomizada? Se pueden plantear esos recorridos en términos de condiciones de estructura y replicar la pregunta: ¿Bajo qué condiciones estructurales un bebé accede al estadio del espejo? ¿Bajo qué condiciones estructurales un niño puede reconocer su imagen especular y tener la experiencia de no pasar de largo frente a su imagen en el espejo, sin otorgarle más importancia que a cualquier otra percepción?

Es un hecho observable que no todos los niños experimentan ese mencionado interés frente a su imagen, esa *asunción triunfante de la imagen con júbilo y complacencia lúdica*. El caso Nadia (13 meses) de Lefort, testimonia de ello. Para que dicha precipitación del yo sea posi-

ble, es necesario que algo ocurra. La experiencia no trataría sólo de verse en el espejo, no se reduce a la experiencia concreta que se produce en el niño ante una superficie real que desempeña el papel de espejo; se trata de otra cosa, de la *Matriz Simbólica*. La misma refiere al gran Otro del discurso, ese gran Otro que en principio encarna la madre, con sus funciones a la hora de los espejos.

Los tiempos fundacionales de la estructura señalan la operación de identificación como fundamental; operaciones como la identificación primaria, incorporación del lenguaje; el pasaje del soma, cuerpo biológico con el que se nace, al cuerpo pulsional; la ecuación fálica de la que anoticia la voz nominante de la madre cuando le habla de modo particular a su bebé. Secuencia de trayectos, recorridos que conducen a la primera dimensión que se tiene del cuerpo, dimensión pre-especular, antesala de la imagen del cuerpo, en la que el niño no puede aún advertir su cuerpo como unidad y reconocerse en el espejo. Amigo (2003) realiza un interesante trabajo tomando el esquema óptico de Lacan, tal como aparece en el texto “Observación sobre el informe de Daniel Lagache”. Amigo sitúa la dimensión del cuerpo pre-especular en relación a la madre como espejo esférico. Luego vendrá la imagen del cuerpo especular y la función de la madre como espejo plano. Por ello destaca la doble función de espejo que debe prestarse a cumplir el Otro materno.

Para que un niño ingrese en el conocido estadio del espejo, para sostener la entrada del niño en el reconocimiento de sí en el espejo, es necesario que la madre se preste a cumplir una doble función: la de espejo esférico y la de espejo plano. (Silvia Amigo, 2003, p. 75.)

Es importante agregar y destacar que el Otro debe funcionar como espejo plano donde el niño pueda reconocerse pero, y justamente para poder hacerlo, es necesaria una acción específica, el *asentimiento* del Otro. Lacan (2011) sostiene que el niño vuelve hacia quién lo sostiene, que se encuentra ahí detrás:

Y con ese movimiento de mutación de la cabeza que se vuelve hacia el adulto como para apelar a su asentimiento y luego de nuevo hacia su imagen, parece decir a quién lo sostiene - que representa aquí al Otro con mayúsculas - que ratifique el valor de esa imagen (Lacan, 2011, p. 42).

Se pone en juego la mirada que busca el encuentro con los ojos de la madre, donde el niño podrá encontrar o no una confirmación que entre gestos y exclamaciones le retornen, como señala Baraldi (2005), como “ese que está ahí sos vos y sos digno de ser amado”. Estas consideraciones deben leerse no sin la propuesta, el aporte *del blanco en la imagen*, de lo no todo especularizable que trabaja Lacan en su seminario sobre la angustia.

Las respuestas del sujeto

En estos caminos ha quedado enfatizado lo que tiene que ver con el Otro, lo que el Otro ofrece, lo que tiene que llegarle del Otro al niño, sin embargo, es preciso considerar, a sabiendas que no se trata de procesos que puedan pensarse independientemente unos de otros, aquello que le corresponde al sujeto. Al sujeto algo le compete hacer con eso que le viene del Otro. Puede denominarse a esto las *respuestas* del sujeto. Flesler (2016) afirma que cuando hay *respuesta*, se inaugura el intervalo, el trazo distintivo, y con ello el pasaje que va desde el espacio inaugural donado y propuesto por el Otro, al lugar que el sujeto diseña con su propia respuesta. “Los padres dan la vida, y también el intervalo necesario. Pero la existencia, en cambio, la gana el sujeto, si responde” (Flesler, 2016, p. 67). En este sentido se relevan algunas operaciones que pueden considerarse respuestas del sujeto y que contribuirían al armado del yo.

La Expulsión

Freud propone la constitución del *no-yo* como lo originariamente *expulsado* del yo-primitivo:

Esto lo introduciré en mí y esto lo excluiré de mí. O sea ‘debe estar dentro de mí’ o ‘fuera de mí’. El yo primitivo regido por el principio de placer, quiere introyectarse todo lo bueno y expulsar de sí todo lo malo. Lo malo, lo ajeno al yo y lo exterior son para él en un principio idénticos (Freud, 1981, p. 2885).

La expulsión se convierte de este modo en una operación importante del psiquismo. Flesler (2016) señala la relación entre la operación de la expulsión y la conformación de la imagen del cuerpo con la que se asume

el cuerpo como propio. Para que pueda comparecer, advenir la unidad de la *imagen especular*, la *asunción del cuerpo como propio*, el *júbilo* de ser el falo imaginario del Otro, en el origen, la operación de *expulsión* debe ser eficaz.

Escritura de una diferencia: Tensión-Distensión

Tensión-distensión son inscripciones primordiales en el psiquismo, afirma Baraldi (2005). La primera experiencia de satisfacción descrita por Freud (1895) en el “Proyecto de psicología para neurólogos”, señala que un niño sufre tensión y necesita la *acción específica*, la acción de otro humano –que actuará según su entender, es decir, según su deseo– y que esta *acción específica* calmará la tensión, distensión que llama *placer*; placer como bajada de tensión. De manera recurrente, comenta la autora, en los primeros tiempos de la vida, habrá tensión-distensión. Reiteradamente la *acción específica* marcará la bajada de tensión. De este modo, tensión-distensión funciona como inscripción primordial en el psiquismo. Mientras esto ocurre el bebé, esperando la *acción específica*, el *auxilio ajeno*, podrá comenzar el trabajo de fantasear. Dice Baraldi (2005), fantasear mientras chupa el chupete que está mamando, fantasear con la llegada de aquello que lo aliviará, por ejemplo la leche materna. Podrá entretenerse un momento fantaseando, y gracias a la fantasía soportar ese real de la vida que es la frustración. Ubica algo equiparable a la invención en el primer fantaseo. Ubica algo muy importante, un cambio en la posición del niño que implica tener que adueñarse de lo que el Otro inscribió para hacer algo con eso.

La inscripción de la diferencia entre *tensión-distensión*, se imprime adjudicando o no placer; si la satisfacción es posible, aparece una ley de alternancia tensión-distensión. Ella será necesaria para puntuar el *armado del cuerpo*. Ese cuerpo que se ha situado como siendo en principio *pre-especular*, es decir, ese cuerpo donde las acciones del Otro permitirán diferenciar superficie de borde, la piel de los orificios y los orificios entre sí; es decir, delimitar zonas. Recordemos la importancia del armado de este cuerpo y su posterior relación con la imagen especular. Perdido el soma, la primera aparición del cuerpo, corresponde mucho antes que el estadio del espejo, a una primera captación pre-especular. Es una primera formación del yo en la que el cuerpo es percibido por el trayecto pulsio-

nal. Por lo tanto este primer elemento de inscripción, tensión-distensión como escritura de una diferencia, es fundamental para el armado del yo.

Este comienzo de la *fantasía* propiciado a partir de esta primera experiencia de satisfacción es propuesto por Baraldi como prefacio de la ficción, de lo lúdico. La primera inscripción tensión-distensión es propuesta así como preámbulo de S1- S2, como lo que escuchamos en boca de un niño como *fort-da*. Adueñándose de lo que el Otro inscribió, tensión-distensión es ahora el niño quien puede enunciar *fort-da*, S1-S2. “*Fort-da* como primer par opositivo en el que emerge la existencia del sujeto entre dos significantes S1 -S2” (Flesler, 2016, p. 126).

Se infiere entonces que *la escritura de una diferencia*, que se inicia con la inscripción *tensión-distensión*, que remite al armado del cuerpo como también al comienzo de la fantasía y que es preámbulo de la oposición significativa, son elementos o trabajos psíquicos que serán necesarios para el advenimiento del yo. El primer par opositivo de significantes remite al juego del *fort-da* descrito e interpretado por Freud) en “Más allá del principio del placer”.

Juegos constitutivos

Analistas que trabajan con niños advierten que no habría modo de pensar al niño como sujeto deseante y su desarrollo sin considerar la dimensión del juego y el deseo de jugar. Hay juegos que los descubrimientos del psicoanálisis han demostrado como universales, como el *fort-da*, junto con los *juegos transicionales* de Winnicott⁶. Jerusalinsky (1994) añade a estos juegos, los *juegos de borde* o *el juego de caída*; Bruner (2016) propuso los *juegos de duelo*, que recorren como un hilo conductor las diversas formas de juego constitutivo y posteriormente amplía la serie de estos juegos nombrándos *juegos unarios infantiles*. ¿A qué se denomina *juegos constitutivos y constituyentes*? Bruner (2016) los define:

Son el espacio-tiempo central por excelencia en la infancia, en los que

6 El objeto transicional que constituye un descubrimiento fundamental de Winnicott, puntualiza el conjunto de fenómenos que, con el mismo nombre de “transicionales” aluden a la sustitución del objeto de deseo. Lacan, que reconoce la importancia de esta observación de Winnicott, la remite al registro del falo.

se efectúa, transcurren los procesos y operaciones primordiales de constitución del sujeto del inconsciente, la formación del yo, la realidad, el cuerpo y el mundo de los objetos (p. 50).

Es importante destacar que *la formación del yo* queda señalada en esta definición, en relación a estos juegos. Si se afina la lente puede leerse al juego como espacio-tiempo por excelencia en la infancia donde transcurre la formación del yo. ¿De qué modo en estos juegos se efectúan los procesos primordiales? Afirma Bruner (2016) que “al jugarse y mientras se los juega, dejan inscriptas en el bebé o niño, una y otra vez de nuevo sus marcas, huellas, trazos a futuro quizás letras, surcando lo real de una manera singular y única para cada uno” (p. 49). Es decir que, mientras se los juega, dan lugar a que en lo real se produzcan para el niño, una serie de consecuencias simbólicas e imaginarias. Según su hipótesis una de esas consecuencias sería *la identificación primordial del significante y sus leyes*.

¿De qué modo más preciso el juego interviene en el armado del yo? ¿Qué de esas consecuencias simbólicas e imaginarias se producen mientras se juega qué juego en lo real? El juego es una respuesta del sujeto; lo dice Freud cuando se refiere al primer juego, *de propia creación de un niño de año y medio*. Ese juego inaugural y paradigmático es el que el autor describe magistralmente a partir de la observación en su pequeño nieto, y se conoce como juego de *carrete* o *fort-da*. La expresión que utiliza es *el primer juego, de propia creación*. Desde la observación de las acciones *repetitivas* de este niño de dieciocho meses, el autor las describe e interpreta. Dirá que el juego completo consistía en *desaparición y aparición*. Es que su nieto jugaba con un carrete haciéndolo desaparecer detrás de los barrotes de su cuna mientras decía con expresión interesada y satisfecha *o-o-o-* (que a juicio de su madre y del de Freud mismo significaba *fort= fuera*,) es decir *se fue*. Luego lo hacía reaparecer, mientras decía alegremente *da=aquí*, es decir, *acá está*. Esta es una parte del juego, pero además describe otra. En ausencia de la madre, y habiendo descubierto su imagen en un espejo de la habitación que llegaba casi hasta el suelo, se agachaba de manera que la imagen desapareciese a sus ojos, es decir, quedarse *fuera*; luego al ver aparecer a su madre que había estado ausente varias horas, la recibía con las palabras: *¡nene o-o-o!* se fue. Freud dice que el niño había encontrado un medio para hacerse desapa-

recer a sí mismo, y verá certificado en este segundo juego la interpretación que había hecho respecto del primero.

Este juego es considerado en la teoría y práctica analítica como “la matriz lúdica de todo juego posterior y la marca de la aparición del sujeto representado entre significantes siendo el sujeto efecto de la presencia-ausencia del objeto.” (Bruner, 2016, p. 55).

Lacan vuelve sobre el mismo de un modo magistral en 1964. En el *Seminario 11* efectúa sobre este juego matricial, en el que se inaugura la experiencia de lo humano, una importante observación. Retoma el tema pero no para determinar el acento sobre el ángulo del significante y su oposición fonemática, sino en cuanto al *objeto a*.

Si el significante es en verdad la primera marca del sujeto, cómo no reconocer en este caso -por el sólo hecho de que este juego va acompañado por una de las primeras oposiciones en ser pronunciadas- que en el objeto al que esta oposición se aplica en acto, en el carrete, en él hemos de designar al sujeto. A este objeto daremos posteriormente su nombre en el álgebra lacaniana: el *a* minúscula (Lacan, 1987, p. 70).

En el mismo texto queda dicho que el carrete no es la madre, es como un trocito del sujeto que se desprende pero sin dejar de ser bien suyo, pues sigue reteniéndolo. Con su objeto, salta el niño los linderos de su dominio transformado en pozo y empieza su cantinela. Lo que cae no es el otro en tanto que figura donde se proyecta el sujeto, sino ese carrete unido a él por el hilo que agarra, donde se expresa qué se desprende de él en esta prueba, la automutilación. Queda considerado de este modo que el juego del carrete es la respuesta del sujeto a lo que la ausencia de la madre vino a crear en el lindero de su dominio, en el borde de su cuna, a saber un foso, a cuyo alrededor sólo tiene que ponerse a jugar al juego del salto.

Lacan, asentado en la observación de lo lúdico acuñada por Freud, según Marrone (2012) se define por su propio acento, en tanto no se trata de la necesidad de que la madre vuelva sino de la *spaltung*, de la *división del sujeto*, de la *producción de una hiancia*, de un *hueco o vacío* que es lo que le posibilitará cantar su propio canto de sujeto. Desde esta perspectiva, reconoce la autora, el juego cumpliría una función radical

y determinante para la dirección de la cura ya que se trata de la producción de un vacío que permite la variación significativa.

Respecto de la función del juego en el análisis, Jerusalinsky (1994) señala que en la clínica con niños, podemos ocuparnos de lo que todavía no está constituido y para ello vienen en auxilio los juegos demostrados como universales. En el niño, aunque las articulaciones constituyentes de ese sujeto ya estén previamente configuradas en el orden del discurso, ellas padecen de la fragilidad y están expuestas por lo tanto a las vicisitudes de su inscripción.

¿Cómo enlazar estos desarrollos respecto del juego a la formación del yo? Jerusalinsky (1994) afirma que el juego del *fort-da* descrito e interpretado por Freud señala un momento constituyente del sujeto en el cual el pequeño niño captura, en la discontinuidad significativa (aquí-allá), la imagen de sí mismo, vista o no vista por el Otro, lo que implica colocar en serie la ausencia-presencia. Pero además sitúa algo muy pertinente ya que considera que este momento, que le permite ordenar en palabras la mirada de ese Otro Primordial -constituido típicamente por su madre-, captura hacia atrás los pequeños y minuciosos ensayos que desde bebé recorrió en los *juegos de imitación* (las *gracias* ofrecidas a los adultos), en los *juegos de ocultamiento* (el famoso cuco-aitá), *las negativas* (darle vuelta la cara a su madre cuando ofendido), y otros.

A partir de la captura de la imagen de sí mismo, vista o no vista por el otro, en esa discontinuidad significativa que pone en serie la ausencia y la presencia, el autor revisa y releva lo que puede capturarse hacia atrás, es decir aquello que precede, como antesala al *fort-da*, y que puede pre-anunciarlo. Esos minuciosos ensayos que realiza el bebé y que pueden situarse como recorridos previos que colaborarán con el reconocimiento de la imagen de sí, a la vez de convertirse en indicadores clínicos.

Ese momento constituyente del sujeto que le permite al niño ordenar en palabras la mirada de ese Otro Primordial, no sólo permite capturar *hacia atrás* estos ensayos recorridos por el bebé, sino también *hacia adelante*. De modo que *hacia adelante*, comenta el autor, atravesará el juego de *las escondidas*: lo que se da ver y se oculta en el cuerpo, lo que se descubre más allá de lo perceptible, la discontinuidad de lo visible y

lo no visible, la oposición y articulación entre presencia y ausencia, entre posesión y falta. Acordamos con que “la enunciación Oo-Aá (*fort-da*) es la que, inscribiendo la mirada en el ámbito del lenguaje, encadena todos estos juegos, descubrimientos y encubrimientos en una serie que, probablemente, se extiende hasta la formación de la mentira” (Jerusalinsky, 1994, pp. 12-13). El *fort-da* entonces, inscribe la mirada en el lenguaje y encadena todos estos juegos.

Marrone, en una nueva articulación del juego y el yo, vía estadio del espejo, explica:

El estadio del espejo arroja el resultado de una identificación formadora, pero la complejidad del concepto resuena de otro modo cuando se admite que el juego concurre a su configuración (...) El juego toma su lugar en el estadio del espejo, bisagra que como tal, instaura cultura, de modo que para el yo y su narcisismo, no será indiferente que el juego encuentre allí su lugar o que falte a la cita (...) Si al mismo tiempo, tenemos en cuenta que en principio Lacan establece su estadio del espejo acentuando la identificación y la diferencia entre las imágenes real y virtual, se puede proponer que el juego cuestiona la inercia entre ambos estatutos de la imagen, es el hilo conductor de lo que podría llamarse una danza entre imágenes (citado en Bruner, 2016, p. 70).

Para el yo y su narcisismo, no será indiferente que el juego falte o no a la cita. Se destaca el papel de la identificación formadora, como resultado del estadio del espejo pero a su vez es constitutiva del mismo. Y a su vez que para el yo no es indiferente que el juego aparezca allí o no. Luego la autora se arriesga al afirmar que

El juego instaura el encuentro con la transformación del espejo. Se trata de la ocasión en la que se articula la unidad de la imagen del cuerpo al falo como aquello que ‘da cuerpo a lo imaginario’ pero en tanto ‘esencia de lo cómico’(...) En definitiva: la transformación del concepto de estadio del espejo permite situar, desde el Seminario XXII: RSI a La Familia, una dirección retroactiva en la que el juego consta en los extremos del arco que allí tendemos (...) es posible enfocar dos manifestaciones psíquicas al mismo tiempo determinantes para el sujeto; la asunción del desgarramiento a través del juego y la afirmación

de la unidad del propio cuerpo a través de la identificación. (Marrone, citado en Bruner, 2016, p. 71).

La consideración de estas manifestaciones psíquicas, determinantes para el sujeto, que el juego posibilita en los extremos de un arco, es decir *la asunción del desgarramiento* a través del juego y *la afirmación* de la unidad *del propio cuerpo*, resulta un buen modo de situar y finalizar este recorte y rodeo por el juego, en tanto respuesta del sujeto y su colaboración con el nacimiento del yo.

Para concluir, se señala que los distintos puntos desarrollados en este apartado se consideran respuestas subjetivas, preliminares, necesarias en tanto recorridos que colaborarían con la constitución de la imagen especular, con la afirmación del propio cuerpo, por lo tanto contribuyen de algún modo al nacimiento del yo. Así desde la operación de expulsión se habilita la constitución del *no-yo*, de los objetos pulsiones, y su incidencia en la unificación de la imagen del cuerpo; la inscripción de la diferencia, de la alternancia, en los primeros tiempos que se torna necesaria como preámbulo de la oposición significativa. Recorridos que prefiguran la posibilidad del juego en lo que tiene de función constitutiva y sus consecuencias.

CONCLUSIONES

Como consecuencia de lo planteado, no sólo en referencia a la cotidianidad del trabajo clínico profesional con niños en este contexto socio-histórico-cultural actual sino también subrayando lo acontecido con el yo en la historia del psicoanálisis –dentro del psicoanálisis francés–, se torna importante una reconsideración, o mejor dicho, una recuperación y profundización de esta instancia psíquica, el yo, para que lejos de quedar olvidada y/o subestimada, se convierta en el centro de atención, de reflexión teórica y clínica, en la que se puedan relevar y estudiar las operaciones, recorridos y procesos primordiales que colaboran con el armado y su constitución, es decir, con su nacimiento.

En esta ocasión, los recorridos relevados, desde los *factores o condiciones* necesarias para que el espacio hablante en el que nace el sujeto ofrezca al yo un *hábitat* acorde a sus exigencias; el ingreso al *estadio del*

espejo y las condiciones estructurales para que ello acontezca, como así también los distintos trabajos psíquicos señalados como *respuestas del sujeto*, permiten afirmar que el uso de la palabra *yo* nada tiene de natural como tampoco de aprendido, en todo caso de lo que tiene es de posibilitado. Del escenario protagónico del niño dan cuenta los recorridos que propician la puesta en marcha del juego en tanto constitutivo; que muy lejos de tratarse de una técnica o de un recurso para, se torna necesario porque cumple una función, por ser el espacio y tiempo donde transcurren los procesos y operaciones de constitución subjetiva, por tanto de constitución del yo.

Apostando a lo lúdico puede cotejarse este trabajo de procesos, operaciones, recorridos, como aquel juego de la infancia conocido como *Rayuela*.⁷ Como se sabe es un juego que propone un recorrido no lineal, con idas y vueltas, con bordes, con saltos, con lugares que no deben pisarse, con casilleros en los que hay que detenerse más, con dos pies. Recorrido que, ni lineal ni sin dificultades, tampoco azaroso; que requiere de cierto equilibrio, reglas, alguna mínima destreza, movimientos y sobre todo ganas de jugar.

Se puede concluir que los recorridos identificados hasta aquí (seguramente habrá otros) como preliminares del nacimiento del *yo* posibilitan trabajos psíquicos, es decir, operaciones. Que no se trata de lo que surge de manera espontánea, natural; sino que su nacimiento está en relación a los trabajos tempranos que no dependen de una maduración o un desarrollo individual, unilateral, preestablecido con etapas sucediéndose; sino por el contrario, que involucra al Otro, al Sujeto, al significativo, a la propia historia, al deseo y los procesos que se ponen en juego. Apertura de recorridos que podrán transitarse o no, o ser interferidos o detenidos y que ello tendrá consecuencias para la constitución del yo y para la clínica. Que en tanto la posición subjetiva no está configurada ni decidida en los tiempos tempranos de constitución psíquica, permite considerar la posibilidad que ciertas intervenciones analíticas propicien algún inicio de construcción o movimiento.

7 Sobre el juego de *Rayuela*, se cree que surge durante la Europa renacentista y que tiene cierta connotación con la *Divina Comedia* de Dante, pues el objetivo del juego es llegar al cielo.

Por lo tanto, respecto del nacimiento del yo, tal vez se trate de un recorrido similar al que propone ese juego de *Rayuela*. Es decir no lineal, con idas y vueltas, con puntos que implican detención o avance, con lugares que no pueden pisarse. Que requiere además de ciertos elementos y reglas que propician procesos y que el movimiento y el deseo de jugar son fundamentales para que desde la tierra que propone el Otro, se pueda arrojar la piedra para arribar al cielo.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Amigo, S. (2003). *Paradojas Clínicas de la vida y la muerte*. Rosario, Argentina: Homo Sapiens
- Aulagnier, P. (2007). *La violencia de la interpretación: Del Pictograma al enunciado*. Bs. As., Argentina: Amorrortu
- Baraldi, C. (2005). *Mujeres y niños, ¿Primero?* Rosario, Argentina: Homo Sapiens
- Bruner, N. (2016). *El trabajo del juego: Contribución del juego a la formación de las identificaciones primordiales y la clínica del autismo en la infancia*. Bs. As., Argentina: Eudeba
- Flesler, A. (2016). *El niño en análisis y las intervenciones del analista*. Bs. As., Argentina: Paidós
- Freud, S. (1981). *Obras completas*. Madrid, España: Biblioteca Nueva
- Freud, S. (1992). *Obras completas*. Bs. As., Argentina: Amorrortu
- Hornstein, L. (2000). *Narcisismo: Autoestima, identidad, alteridad*. Bs. As., Argentina: Paidós

- Janin, B. (2005). *Niños desatentos e hiperactivos: ADD/ADHD*. Bs. As., Argentina: Novedades Educativas
- Jerusalinsky, A. (1994). La educación, ¿es terapéutica?: Acerca de tres juegos constituyentes del sujeto. *Escritos de la infancia*, Año III-N°4. Bs.As., Argentina
- Lacan, J. (1987). *Escritos 2*. Bs. As., Argentina: Siglo XXI
- Lacan, J. (1987). *El Seminario de Jacques Lacan: Los Cuatro Conceptos fundamentales del Psicoanálisis*. Libro 11. Bs. As., Argentina: Paidós
- Lacan, J. (1997). *El Seminario de Jacques Lacan: El yo en la teoría de Freud y en la técnica Psicoanalítica*. Libro 2. Bs. As., Argentina: Paidós
- Lacan, J. (2004). *El Seminario de Jacques Lacan: La transferencia*. Libro 8. Bs. As., Argentina: Paidós
- Lacan, J. (2008). *Escritos 1*. Bs. As. Argentina: Siglo veintiuno
- Lacan, J. (2010). *La familia*. Bs. As., Argentina: Argonauta
- Lacan, J. (2011). *El Seminario de Jacques Lacan: La Angustia*. Libro 10. Bs. As., Argentina: Paidós
- Lacan, J. (2012). *Otros escritos*. Bs. As., Argentina: Paidós
- Laplanche J. y Pontalis, J. (1981). *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona, España: Labor
- Marrone, C. (2012). *Psicoanálisis con niños: el juego: Curso anual de psicoanálisis con niños: Clase 1*. Bs. As., Argentina: Escuela Freudiana de Buenos Aires
- Pulice, G. , Manson, F. y Zelis, O. (2000). *Investigación y Psicoanálisis: De Sherlock Holmes, Dupin y Peirce a la experiencia freudiana*. Bs. As., Argentina: Letra Viva
- Pulice, G. (2010). *La investigación en el campo de la subjetividad*. Conferencia de la Maestría en Psicoanálisis de la Universidad del Aconcagua. Mendoza, Argentina
- Rabinovich, D. (2010). *La teoría del yo en la obra de Jacques Lacan*. Bs. As., Argentina: Manantial

- Real Academia Española. Diccionario de la lengua española, 23^o Ed.,[versión 23.2 en línea] <https://dle.rae.es> [29/10/2019]
- Rodulfo, R. (1986). *Clínica Psicoanalítica en niños y adolescentes*. Bs. As., Argentina: Lugar editorial
- Rodulfo, R. (1998). *Trastornos Narcisistas no psicóticos*. Bs. As., Argentina: Paidós
- Spitz, R. (1974). *El primer año de vida del niño*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Winnicott, D. (2011). *Realidad y Juego*. Barcelona, España: Gedisa